

mercenarios persiguiendo a los forajidos un poco a contrarreloj y casi a ciegas, la espesa y salvaje naturaleza como personaje fundamental, el espacio y el paisaje como escenarios del drama, la mala conciencia que atormenta al «Papageno andaluz» y le impulsa a hacer sus propios movimientos para evitar lo que él mismo ha provocado... Y hay también algo animal en este libro, en el que esa carrera, convertida en cacería, se hace irracional, instintiva, primitiva, elemental..., lince hambriento corriendo rabiosamente tras unas liebres que se les escurren. Creo que Manuel Moya lo hace conscientemente, como también se comprueba en un episodio erótico que es más bien un capítulo sexual, por el modo en el que los personajes, un hombre y una mujer entre los cinco jornale-

ros, responden a las urgencias de sus cuerpos.

Por último, no se puede hablar de esta novela sin referirse a su lenguaje: los diálogos son extraordinarios, también en lo que tienen de habla local, popular, vulgar. Manuel Moya no ahorra en verosimilitud a la hora de «transcribir» esas conversaciones, e incluso el propio estilo del narrador se contagia a veces de esas excursiones a las hablas de la gente sencilla, analfabeta pero muy expresiva, ignorante en asuntos de letras pero muy sabia, a fuerza de disgustos y obligaciones, en otros órdenes de la vida, seguramente mucho más importantes y, sin discusión, mucho más apremiantes. —JUAN MARQUÉS.

Manuel Moya, *Buiterna*, Valencia, Pre-Textos / Fundación Manuel Alcantara, 2022.

La luz del sur

EL sur es sonido, tacto, luz, es ritmo en el cielo de la boca, es temblor; el sur, como lugar habitado y lugar inmanente en la búsqueda de uno mismo. El sur es la geografía que Emilio Trigueros busca y bosqueja a un tiempo, delineando un espacio sucesivo y circular, como esos otros lugares que forman ya parte de la mitología literaria de nuestra cultura —Macondo, Comala—,

suficiente en sí misma, atravesada por generaciones que anidan unas en otras, que se necesitan mutuamente para dar sentido a la narración de sus vidas; y, sin embargo, en este caso, geografía liberadora.

Construye así Trigueros en *Ritmo y temblor* un relato motivado, en la mejor tradición de nuestros clásicos, que articula a partir de cuarenta y tres piezas pequeñas, agrupadas a su vez

en cuatro bloques. De lo grande a lo pequeño, de lo general a lo particular, el primero es un mapa con que empezar a delimitar caracteres, personajes, situaciones; el segundo da fe de la maduración de las semillas de esta tierra inesperada y reconocible a un tiempo, que germinan y crecen a través de quienes viven en ella; el tercero da sentido a las múltiples tramas, va revelando la urdimbre que las sostiene; y el cuarto, liberados ya de la tensión, de la herida, templá cuerdas mirando hacia un futuro que puede asumirse con alegría y mansedumbre porque se ha aceptado quién es uno y de dónde viene, de ese sur complejo, inmaterial pero palpable, aún por definir, aún posibilidad de todo y también expresión de la sabiduría acumulada.

Este sur tiene muchos nombres: Bahía Mercedes, sobre todo, pero también Sierra de las Lágrimas, Cruz del Sur, Piedra Blanca, Venta Berrocal, Fuente Paraíso; son pequeñas islas en que los personajes fundamentalmente dialogan y así, de manera tan socrática, ofrecen al lector una ventana a través de la cual asistimos al milagro de verlos construirse delante de nuestros ojos, como si el acto de mirar nosotros y de ser ellos fueran simultáneos; como si abrir el libro fuera cada vez un acto fundacional, que pusiera en marcha la necesidad de Juan Pedro, el protagonista, por descubrirse a través de la memoria de su tierra, de su gente y de sí mismo.

Los personajes centrales, caracterizados inicialmente a través de nom-

bres-epíteto por sus cualidades o sus hazañas, a la manera de los héroes grecorromanos, navegan entre estas islas como si funcionaran en parejas de opuestos, que sin embargo se tocan en algunos momentos de sus historias, y al mismo tiempo forman parte de una estructura reticular. El Astrónomo y el Orante enfrentando la racionalidad ilustrada y la fe, la libertad y el control, la democracia y el orden; Jinete y Ritmo, o la alegría y la insatisfacción; Ritmo y el Inglés, que son el genio y el pícaro; el narrador en primera persona y Zapatonos, trasunto de la búsqueda y el cinismo, respectivamente; la Narradora y la Bordadora, como la aceptación y la bravura. Poco a poco estos personajes van individualizándose y descubrimos sus nombres, junto a los de otros personajes como los Berrocal, Macarena, Silvia, el mismo Juan Pedro, en una suerte de alumbramiento que por fin hace sus vidas mensurables según códigos humanos, al tiempo que el sur adquiere nombres conocidos –Sevilla, Córdoba, Granada–; este lugar ensimismado se muestra por fin abierto al mundo desde la acogida, la madurez, el perdón, la comprensión, la alegría. Este sur es, por fin, una Ítaca.

Son varios los hilos conductores que unen todos los puntos: la identidad, como en todo buen viaje; la memoria histórica de Bahía Mercedes y las minas, de los ingleses invasores frente a los pescadores, de la pirita y el zinc ante la sierra sin desgarrar; la memoria de la vida cotidiana, de

seminarios, noviazgos, riadas, máquinas de coser, yeguas o trebejos de ajedrez; la memoria del corazón; el amor en sus múltiples formas; y, desde luego, la música, sobre todo el flamenco y sus palos, su capacidad para revelar la tensión entre el dolor y la alegría que palpita bajo la piel y que nace de la profundidad del espíritu, individual y colectivo. La tradición, la pureza, la autenticidad no están reñidas aquí con la innovación, la vida, el cambio; el ángel y el duende son una antítesis resuelta en muchos de los personajes: en *Ritmo*, a través de la superación del enfrentamiento entre la fama y la virtud; en *Silvia*, entre el orgullo y la esperanza; en el *Astrónomo*, entre la belleza sublime y la aparente vulgaridad de lo cotidiano; en *Zyrab*, entre la obligación familiar y los sueños personales; en *Solimán*, entre la huida y la estabilidad.

Esta novela, en apariencia caótica al principio, que salta de la primera a la tercera persona y trenza fragmentos en cursiva con el cuerpo general en redonda pasando del pensamiento a las aventuras, es un puzle que exige paciencia y meticulosidad para esperar a verlo encajar al final. Se sirve de un lenguaje musical, ágil, poético a veces. Como

en su primera novela publicada, *Al otro lado de las estrellas* (también en *La Umbría* y *La Solana*), Trigueros, con su escritura sedosa, tenaz, precisa y luminosa, logra dar palabras a la dulzura, al valor de lo pequeño de forma tan sencilla como bella; expresa con claridad, sin dramatismo histriónico pero con emoción, sentimientos como el agradecimiento, el duelo, la desesperación, la falta de sentido, el dolor, el despecho, el desengaño, la frustración o el miedo. No rehúye la crítica social, política y económica, esa otra cara del sur; pero su novela tiene la cualidad de no ser maniquea, de no juzgar. Es un juego de espejos que multiplica las perspectivas sin juegos de triletero y ofrece al lector la oportunidad de forjarse una idea propia ante los hechos, ante una historia que no es real pero es veraz, en que podemos también reconocernos. Un sur, en suma, diverso, multicultural, del que inevitablemente enamorarse, porque las coplas son verdad y «la luna es un pozo chico, las flores no valen nada», pero en este espacio suspendido en el tiempo al final «vence la luz». —YOLANDA ARIAS.

Emilio Trigueros, *Ritmo y temblor*, Madrid, La Umbría y la Solana, 2022.